

Intensidad y espectáculo en la guerra andina*

Severity and spectacle in Andean warfare

Elizabeth Arkush

<https://orcid.org/0000-0002-9008-0280>

University of Pittsburgh

arkush@pitt.edu

RESUMEN

La guerra en los Andes varió mucho en intensidad, forma y objetivos. También estaba cargada de significados a los que se aludía en la iconografía, el simbolismo y las ceremonias relacionadas con la guerra. Si bien los andinistas, a veces, han propuesto que algunas formas de guerra eran “ritualizadas” y otras “seculares”, esta dicotomía no capta adecuadamente la variedad del conflicto andino, ni se corresponde bien con el registro etnográfico comparativo. ¿Existen mejores formas de comprender y explicar las variaciones en las guerras andinas? Este artículo resume el argumento principal de Arkush (2022b) de forma condensada para abordar esta cuestión.

Palabras clave: guerra, violencia, trauma esquelético, Moche, Periodo Intermedio Tardío.

ABSTRACT

Warfare in the Andes varied greatly in intensity, form and aims. It was also laden with meanings alluded to in iconography, symbolism, and war-related ceremonies. While Andeanists have sometimes proposed that some forms of war were “ritualized” and others “secular,” this dichotomy does not adequately capture the variety of Andean conflict, nor does it correspond well to the comparative ethnographic record. Are there better ways to understand and explain variation in Andean warfare? This paper summarizes the main argument from Arkush (2022b) in a condensed form to address this question.

Keywords: warfare, violence, skeletal trauma, Moche, Late Intermediate Period.

* Traducción del inglés realizada por Henry Tantaleán

RECIBIDO: 20/07/2023 - ACEPTADO: 25/08/2023 - PUBLICADO: 07/12/2023

© Los autores. Este artículo es publicado por *Arqueología y Sociedad* del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0) [<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>] que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que la obra original sea debidamente citada de su fuente original.

INTENSIDAD Y ESPECTÁCULO

El rápido ritmo de la investigación arqueológica andina ha provocado un auge de lo que sabemos sobre la guerra y los conflictos. Ha surgido evidencia de estudios de sitios defensivos y patrones de asentamiento, traumatismos esqueléticos, episodios de destrucción, armas, iconografía y ceremonias violentas (Bischhof, 2005; Chamussy, 2009, 2014; Ikehara, 2022; Lozada, 2014, Murphy y Juengst, 2020; Tung, 2012; Vega Dulanto, 2016). El panorama resultante no es nada sencillo: la guerra andina consistía en muchas cosas diferentes. Podría ser intensa o rara y menor. Podría darse por diferentes razones, incluida la tierra, los súbditos, el estatus social o la rivalidad política. De diferentes maneras podría involucrar a élites, hombres y mujeres, adultos y niños, humanos y animales. Podría celebrarse con arte y ceremonia, o ignorarse. Para los andinos, también estaba imbuida de significados más profundos sobre la masculinidad, la fertilidad, la muerte y las entidades sobrenaturales (Arnold y Hastorf, 2008; Bourget, 2016; Nielsen, 2007; Tung, 2021).

En ocasiones, los investigadores han abordado la guerra andina preguntándose cuán ritualizados eran los conflictos andinos y los actos relacionados con ellos, o cuán seculares, intensos y “occidentales” (ver Arkush y Stanish, 2005; Tantaleán y Gonzales, 2014). Sin embargo, esta dicotomía no se corresponde con el registro etnográfico e histórico. Asimismo, combina dos cosas que no eran iguales: la intensidad o gravedad de la guerra y la importancia de la idea de guerra en la política y la ceremonia. Las culturas andinas, como Nasca, Moche, Wari, entre otras, invirtieron mucho en arte y espectáculo relacionados con la guerra, dejando una rica iconografía de combate y captura, tumbas de “guerreros”, cráneos trofeo y depósitos de víctimas de sacrificios (Tantaleán y Gonzales, 2014). Esto da fe de la gran importancia de la idea de la guerra como componente de los sistemas políticos y religiosos, y de las identidades masculinas (y algunas femeninas) de élite. El simbolismo relacionado con la guerra es un tema fascinante en arqueología, pero no necesariamente debe tratarse como un registro honesto de la *frecuencia e intensidad* del conflicto en términos de cuánto afectó las vidas andinas.

Este artículo utiliza la distinción entre intensidad de la guerra y espectáculo relacionado con la guerra como punto de partida para una discusión de lo que considero categorías de conflicto más útiles analíticamente, condensando los argumentos previamente expuestos (Arkush, 2022b). En primer lugar, se ofrece una breve descripción de la intensidad cambiante de la guerra a lo largo de la secuencia precolumbina basada en la evidencia actual, en contraste con la intensidad del espectáculo relacionado con la guerra en los ámbitos político y religioso. Luego recorro a patrones transculturales en antropología para arrojar luz sobre esta disyunción. En esta literatura etnográfica comparada, hay una clara separación entre las guerras que tenían que ver fundamentalmente con la competencia por personas (súbditos, élites locales, seguidores) y las guerras que no lo eran. Las guerras por las personas eran proyectos de emprendimiento político y, a menudo, dependían en gran medida de espectáculos relacionados con la guerra, así como de campañas militares. Esto

contrasta con otros tipos de guerras, como las que tienen por objetivo arrebatarse territorio ganado a los enemigos. Aparte de esto, varios factores afectaron la intensidad y gravedad de la guerra, incluida la escala de las comunidades políticas, la distancia social entre ellas y lo que estaba en juego. El contraste entre las guerras de competencia política y otras guerras se ilustra con especial claridad a través de dos ejemplos andinos: las sociedades moche y las del altiplano del Período Intermedio Tardío (tabla 1). Las guerras moche ejemplifican la competencia por personas, mientras que las guerras del Período Intermedio Tardío en la sierra central y sur tenían objetivos completamente diferentes.

UNA VISIÓN GENERAL DE LA SECUENCIA

Los mejores indicadores de la intensidad o gravedad del conflicto a lo largo del tiempo son el trauma esquelético y los patrones de asentamiento defensivo (Arkush y Tung, 2013). Estas líneas de evidencia se adaptan bien al registro arqueológico andino. Las muestras de esqueletos andinos suelen estar bien conservadas y han sido estudiadas activamente por bioarqueólogos. Las armas andinas dominantes causaron traumatismo craneal como la lesión más común por violencia interpersonal, una forma de trauma que se documenta y compara fácilmente entre las muestras de cementerios (en contraste con las lesiones de tejidos blandos por heridas de flecha en otras regiones del mundo). Asimismo, los sitios andinos y los patrones de asentamiento están bien documentados a partir de investigaciones, y las características defensivas suelen ser visibles en superficie. Sin embargo, ninguna de estas líneas de evidencia es perfecta: el trauma esquelético puede ser causado por otros procesos, incluidas las luchas dentro del grupo, y el asentamiento defensivo se ve fuertemente afectado por el terreno, los patrones de movimiento y el grado de unificación po-

Tabla 1
Cronología andina

Periodo	Fechas aproximadas
Horizonte Tardío	1420/70 - 1532 d.C.
Intermedio Tardío	1000 - 1420/70 d.C.
Horizonte Medio	600 - 1000 d.C.
Intermedio Temprano	1/100 - 600 d.C.
Formativo Final (Horizonte Temprano)	400 a. C. - 1/100 d. C.
Formativo Tardío (Horizonte Temprano)	800 - 400 a. C.
Formativo Medio (Período Inicial)	1200 - 800 a. C.
Formativo Temprano (Período Inicial)	1700 - 1200 a. C.
Arcaico Terminal	2600 - 1500 a. C.
Arcaico Tardío	5000 - 2600 a. C.

lítica regional. No obstante, en combinación, todas estas líneas de investigación e indicadores ofrecen la medida más confiable que tenemos sobre este fenómeno. Si bien las armas recuperadas arqueológicamente también son bastante informativas, son más difíciles de comparar en el espacio y el tiempo, y debido a que a menudo fueron depositadas como ajuar funerario: su frecuencia está relacionada, en parte, a la importancia de la guerra en el prestigio o la identidad individual.

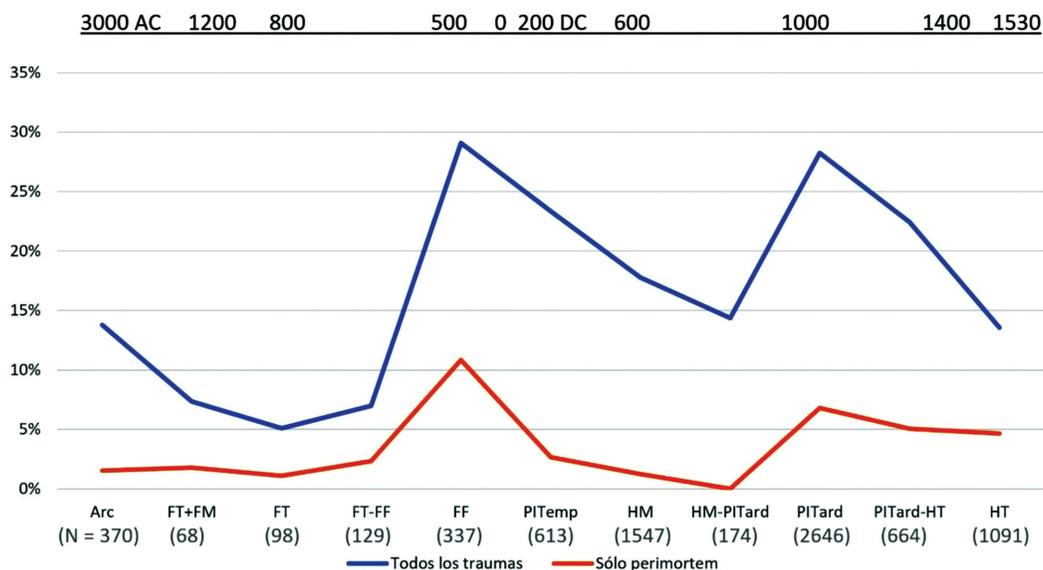
Con base en los patrones de asentamientos defensivos y los índices de traumatismos craneales, la intensidad de la guerra en los Andes varió dramáticamente a lo largo del tiempo. La figura 1 muestra los índices de traumatismo craneal en adultos en contextos funerarios normales (ni masacres ni depósitos de sacrificio) extraídas de una gran cantidad de estudios publicados por bioarqueólogos¹. Con el tiempo, las tasas de trauma en adultos aumentaron y disminuyeron notablemente. Los patrones de asentamiento defensivo también varían mucho en intensidad, aunque no pueden presentarse en un gráfico tan fácilmente. Sin embargo, en general, corresponden a los datos sobre traumatismos esqueléticos. Ambas líneas de evidencia también indican trayectorias costeras y serranas separadas. En las figuras 2 y 3 se dividen las muestras esqueléticas costeras y serranas.

Tanto en el caso de los traumatismos craneales como en el de los registros de asentamiento, el panorama es más débil y menos seguro en los primeros períodos. Esto es especialmente cierto en el caso de las tierras altas. Encontrar “guerra” en los primeros períodos también depende de la definición de cada investigador. Los cazadores-recolectores consumaron violencia colectiva entre grupos separados, lo cual podría afectar significativamente la demografía y las opciones de vida (Allen y Jones, 2014); además, muchas definiciones actuales de “guerra” en antropología incluyen este tipo de conflicto entre sociedades de muy pequeña escala (por ejemplo, Kissel y Kim, 2019). Otros investigadores han señalado definiciones alternativas. Por ejemplo, Chamussy y Goepfert (2019) utilizan el término “guerra institucionalizada” para referirse a la conquista territorial por parte de una organización militar bajo un liderazgo jerárquico. De manera similar, Makowski (2023) utiliza el término “guerra total” para distinguir campañas de grandes ejércitos de soldados, bajo un liderazgo coercitivo, en el que el combate está divorciado de las nociones de un guerrero individual heroico.

Probablemente se produjo algún conflicto intergrupar entre las poblaciones arcaicas de los Andes, pero sólo habría dejado un trauma esquelético que es difícil de distinguir de las luchas dentro de los grupos mismos. Cuando se examinan los patrones de asentamiento arcaicos, estos son casi en su totalidad no defensivos, incluso en el caso de sitios permanentemente sedentarios. Los restos humanos de Chinchorro de la costa norte de Chile, que componían una gran proporción de los cuerpos arcaicos estudiados por los bioarqueólogos, muestran un índice consistentemente alto de traumatismos violentos, especialmente en hombres (Standen et al., 2020). La

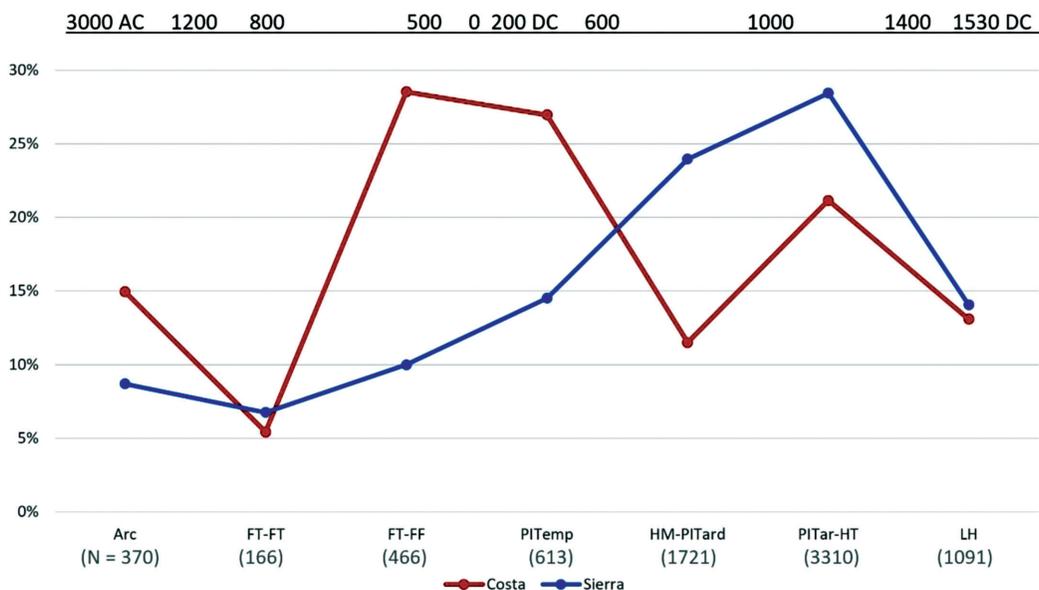
¹ Consultar Arkush (2022a) para obtener la base de datos completa que incluye estudios enumerados en Arkush y Tung (2013), así como muchos otros estudios, como los recopilados por Vega Dulanto (2016).

Figura 1. Incidencia agregada de traumatismo craneal en adultos a lo largo del tiempo*



* Índices calculados únicamente en cráneos observables según lo informado en los estudios y en “adultos” siguiendo las categorías de cada estudio. Los períodos de transición (por ejemplo, Horizonte Medio-Periodo Intermedio Tardío) caen en el período de transición o no se pueden limitar a ninguno de los períodos. Véase Arkush (2022b) para obtener datos y fuentes completos.

Figura 2. Incidencia de traumatismo craneal en adultos en las zonas costeras y montañosas*



* Algunos períodos están agrupados para evitar muestras pequeñas. Índices calculados únicamente en cráneos observables según lo informado en los estudios. Véase Arkush (2022b) para obtener datos y fuentes completos.

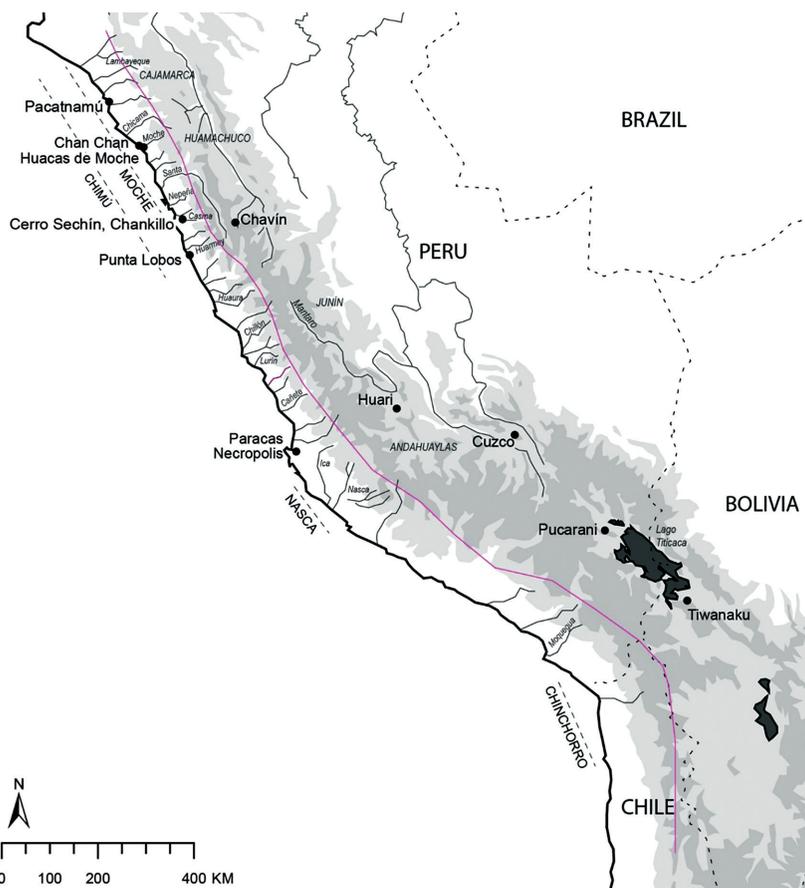


Figura 3. Mapa con sitios y regiones mencionados en el texto. La línea rosa divide las muestras esqueléticas costeras y serranas como se muestra en la figura 2.

mayoría de las lesiones son golpes no letales en el cráneo, pero hubo al menos tres hombres muertos por arpones o proyectiles en el Arcaico Tardío. Esta evidencia podría sugerir que hubo violencia entre grupos. De manera similar, dentro de los 13 entierros de adultos del Arcaico Medio bien conservados en la cuenca occidental del Titicaca, había un hombre adulto que tenía un golpe *perimortem* en el cráneo y una gran punta de lanza incrustada en el tórax (Haas y Llave, 2015). Por lo tanto, probablemente hubo violencia intergrupala ocasional en el Arcaico que podría corresponder a una forma de guerra a pequeña escala.

A lo largo de la transición del Arcaico Terminal al Formativo Temprano, las ubicaciones de los asentamientos permanecieron casi en su totalidad no defensivas. Es decir, aunque grupos sociales más grandes cooperaron en la construcción de monumentos y en ceremonias periódicas, aparentemente no se organizaron para la violencia ofensiva y defensiva. A lo largo del Formativo Medio y Tardío, la evidencia real de guerra sigue siendo muy baja, a pesar de que las tradiciones iconográficas celebraban la ferocidad, la depredación y, en el caso de Cerro Sechín y algunas otras imágenes, la violencia de humanos contra humanos (Bischof, 2005). Tales imágenes establecían un vínculo básico entre los actos violentos y la potencia generativa

(Swenson, 2003; Arnold y Hastorf, 2008), y seguramente daban significado a los actos humanos de violencia, ya fuera contra víctimas de sacrificios o contra enemigos ocasionales de guerra. Hay algunos casos reportados de asentamientos en las cimas de colinas y posibles fortificaciones en las tierras altas del norte y la costa norte y central en el Formativo Medio y Tardío (Ikehara, 2016; Giersz y Przada 2009; Brown Vega et al., 2013; Topic, 2009; Pérez, 1998), donde también aparecen las primeras porras (Chamussy, 2014). Las muestras esqueléticas de los estudios publicados son pequeñas, pero el trauma parece poco común durante el Formativo Medio y Tardío. Según la evidencia actual, el Formativo Andino contrasta notablemente con los altos niveles de violencia en la Europa Neolítica y algunas otras regiones del mundo (Meyer et al., 2018; Golitko y Keeley, 2009).

Después del 400 a. C. podemos identificar la primera fase de guerra a gran escala en la costa andina. Desde esta época hasta aproximadamente el año 100 d.C., hay asentamientos mucho más defendibles en varias regiones y una serie de fortificaciones en las cimas de las colinas, especialmente en la costa norte (Chamussy y Goepfert, 2019; Brown Vega et al., 2013; Ikehara, 2022; Downey, 2016; Giersz y Przada, 2009; Wilson, 1988). Las más impresionantes son las grandes fortalezas en las cimas de los cerros de los valles costeros del norte, como Chankillo (Ghezzi, 2016), con muros de piedra megalíticos, parapetos, bastiones y, a veces, accesos complejos. También hay considerablemente más violencia sobre los esqueletos en muestras costeras del norte, centro y sur (ver por ejemplo Gómez Mejía, 2016; Vega Dulanto, 2016), incluidos varios casos de matanza brutal que implican un ataque enemigo y no una lucha dentro del grupo (Standen et al., 2010; Valdez, 2009). Todo esto indica guerras más intensas y frecuentes, posiblemente relacionadas con el colapso del culto Chavín-Cupisnique, y quizás migraciones diaspóricas desde las tierras altas (Ikehara, 2022; Chamussy y Goepfert, 2019), así como otros factores como el desarrollo de nuevos roles sociales y jerarquías en algunas regiones y la creciente importancia de la agricultura del maíz. El panorama de las tierras altas no es tan claro para este período. Se conocen patrones de asentamientos defensivos en algunas áreas, lo que apunta a probables fases de guerra en el Formativo Final hasta el Periodo Intermedio Temprano, aunque el patrón no es tan pronunciado como en la costa (Arkush, 2008; Bauer, 2004; Seki, 1998; Pérez, 1998; Topic, 2009). Las muestras esqueléticas son demasiado pequeñas y están mal fechadas como para sacar conclusiones firmes sobre el traumatismo craneal en las tierras altas de esta época.

El Periodo Intermedio Temprano fue una época de jerarquías sociales más desarrolladas y ostentosas que periodos anteriores. Los temas de violencia y guerra saturaron la cultura material y la iconografía de la élite (Lau, 2004, 2010), ya que estas elites eligieron presentarse no sólo como tipos superiores de personas sino como personas singularmente violentas: guerreros, sacrificadores, poseedores de trofeos humanos. Si bien la evidencia real de guerra es irregular y regionalizada, los patrones de asentamiento se volvieron menos defensivos en varias regiones a medida que pasó el tiempo. A lo largo del Período Intermedio Temprano, los asentamientos fueron generalmente no defensivos en la mayor parte de la costa y las tierras altas del

sur y la costa y las tierras altas centrales (ver Parsons et al., 2000). Para la segunda mitad del Periodo Intermedio Temprano, la consolidación política de los valles de la costa norte abrió las partes bajas de los valles para el cultivo y los asentamientos no defensivos, aunque los sitios en las partes altas de los valles siguieron siendo defensivos (Downey 2016; Mullins 2022; Billman 1999; Giersz y Przadka 2009; Wilson 1988; Chapdelaine et al. 2009; Ikehara 2022). Los patrones de asentamiento eran bastante defensivos en algunas partes de la sierra norte (por ejemplo, Áncash), mientras que en Cajamarca y Huamachuco se volvieron menos defensivos en el Periodo Intermedio Temprano (Julien, 1988; Lau, 2010; Topic, 2009; Ibarra, 2003; Herrera, 2003). Los datos sobre trauma son muy desiguales, lo que apunta a historias regionales divergentes: los índices de lesiones son significativamente más altos en la costa que en la sierra, pero son bastante variables. Más muestras esqueléticas publicadas de la costa norte contribuirían sustancialmente a modificar esta imagen.

El Horizonte Medio está definido por el impacto de Wari y Tiwanaku. Ambos estados participaron en la generación de iconografía y ceremonia militaristas, especialmente Wari (Ochatoma y Cabrera, 2001, Tuni y Tesar, 2011; Tung, 2007, 2012). La importante investigación de Tung sobre las poblaciones funerarias Wari (2012, 2014, 2021) demuestra que el trauma violento estaba fuertemente vinculado al género y le lleva a concluir que los guerreros Wari eran una clase social distinta, entrenada e inculcada con valores militares. Sin embargo, es interesante que los patrones de asentamiento del Horizonte Medio no son defensivos en la mayoría de las regiones afectadas por los estados Wari y Tiwanaku. De hecho, los patrones de asentamiento más defensivos se encuentran en la costa norte, asociados con sociedades Moche tardías, y en las tierras altas del norte adyacentes, donde los asentamientos en las cimas de los cerros generalmente continúan desde el Periodo Intermedio Temprano (Dillehay, 2001; Topic, 2009; Lau, 2012). Si bien los índices de traumatismo craneal para el Horizonte Medio varían bastante de un sitio a otro y, en algunos casos, son altos, el índice *general* disminuye con respecto al Periodo Intermedio Temprano.

Hacia el final de la secuencia precolombina, las tasas de traumatismos y los patrones de asentamiento se corresponden estrechamente. El Periodo Intermedio Tardío muestra un patrón de guerra severa en las tierras altoandinas, reflejado en asentamientos defensivos en muchas regiones e índices consistentemente altos de traumatismo craneal en grandes muestras de la sierra norte, centro y sur (ver más abajo). En la costa, hay un aumento más moderado de los traumatismos craneales que se corresponde con un renovado asentamiento defensivo en algunos valles como Culebras, Casma, Huaura, Chillón y el valle medio y alto de Moquegua (Giersz y Przadka, 2009; Owen, 1995; Wilson, 1995; Brown Vega et al., 2013; Silva, 1996; Stanish, 1992). En otros lugares, los asentamientos, en gran medida no defensivos, sugieren esferas de paz, por ejemplo, en la costa norte en las partes bajas de los valles bajo control político chimú. Finalmente, una de las tendencias más claras de la secuencia es la disminución de la guerra en el Horizonte Tardío. El cambio hacia asentamientos no defensivos es más marcado en partes de la sierra y las partes altas

de los valles costeros donde los patrones de asentamiento anteriores habían sido especialmente defensivos, como la cuenca del Titicaca y la sierra central de Junín y la parte alta de los valles de Moquegua y Chillón (Arkush, 2008; Parsons et al. al., 2000; Perales, 2016; Stanish, 1992). El índice general de traumatismos craneales disminuye significativamente, especialmente en la sierra.

Vale la pena destacar tres puntos principales de esta secuencia. En primer lugar, la intensidad de la guerra fue muy variable en los Andes: no fue consistentemente severa ni consistentemente limitada y “ritualizada”. También varió de una región a otra durante el mismo período. Esto en sí mismo debería alertarnos para que tengamos cuidado con el planteamiento de una “naturaleza” esencial de la guerra andina. En segundo lugar, los momentos y lugares donde los índices de fortificación y traumatismo craneal fueron más altos se daban en entornos de complejidad sociopolítica limitada. Esto corresponde, en general, con hallazgos sobre la frecuencia de la guerra en la etnografía transcultural (Keeley, 1996, Helbling, 2006), y tiene sentido lógicamente: las políticas regionales bien integradas tienden a crear esferas de paz dentro de sus fronteras. Por el contrario, cuando los asentamientos eran políticamente autónomos, tenían que defenderse a sí mismos, en lugar de depender de un régimen político regional o de una gran confederación. Tenían más enemigos potenciales y la paz pudo haber sido más difícil de mantener. Un ataque habría amenazado a la población común en general, no sólo a los guerreros o soldados especializados. Sin embargo, en los Andes la complejidad sociopolítica limitada no necesariamente resultó en una guerra intensa. Por ejemplo, hay poca evidencia de guerra durante la mayor parte del extenso Periodo Formativo, y esto también es cierto para algunas regiones durante el Periodo Intermedio Temprano y el Horizonte Medio, incluso aquellas que no estaban bajo el control de grandes políticas complejas. Así, la región andina proporciona una prueba notable de la *capacidad* de las sociedades sedentarias y de pequeña escala para coexistir de manera bastante pacífica.

Finalmente, de esta revisión también resulta obvio que el simbolismo de la guerra no necesariamente se corresponde estrechamente con la intensidad de la guerra. La transición del Formativo Final/inicios del Periodo Intermedio Temprano al Periodo Intermedio Temprano pleno en la costa, es especialmente ilustrativa de esto; por ejemplo, la transición de Paracas y Nasca en la costa sur. El trauma craneal disminuye de manera bastante significativa desde finales de Paracas hasta principios de Nasca, según datos de varios estudios (Gómez Mejía, 2016; Tomasto, 2009; Kellner, 2002; Tung y Schreiber, 2010; ver Arkush, 2022a). Las armas se volvieron menos frecuentes en las tumbas masculinas. Los patrones de asentamiento en los drenajes de Palpa y Nasca también se volvieron menos defensivos, lo que implica que la amenaza a estas poblaciones había disminuido (Reindel, 2009; Soßna, 2014). Sin embargo, durante esta transición hubo un aumento dramático en las imágenes artísticas de cabezas trofeo y otros temas relacionados con la guerra, así como un aumento en el número de cabezas trofeo reales conocidas (Proulx, 2001, 2006; Tung, 2007). Las cabezas de trofeos y otros símbolos militaristas parecen estrechamente vinculados

a la ceremonia y la expresión del rango social en la costa sur del Periodo Intermedio Temprano. Esto sugiere que fueron las agendas de la élite, no la intensidad real del conflicto, las que impulsaron la toma y exposición de cabezas trofeo y la representación artística de estas y de temas guerreros relacionados. Podemos localizar las motivaciones del simbolismo y la ceremonia relacionados con la guerra en ciertas formas de política de los *aggrandizers*.

EXPLICANDO LA VARIACIÓN EN LA GUERRA ANDINA: GUERRAS DE EXCLUSIÓN, GUERRAS DE INCORPORACIÓN

Con base en la literatura etnográfica e histórica transcultural, queda claro que la guerra muestra patrones fuertes (Earle, 2021; Solometo, 2006; Kissel y Kim, 2019; Reyna, 1994; Redmond, 1994; Ferguson, 1990). Entonces, ¿se puede construir un marco para la variación andina a partir de esta literatura? Aunque a menudo asociamos la guerra con la competencia territorial por la tierra, una pregunta más básica e importante es si las guerras andinas involucraron fundamentalmente **competencia política por personas**. He llamado a esos conflictos “guerras de incorporación”, mientras que las guerras que no implicaban competencia por personas son “guerras de exclusión”.

Gran parte de la literatura etnográfica sobre sociedades de pequeña escala se refiere a guerras de exclusión. Ejemplos bien conocidos incluyen la guerra entre aldeas en Papúa Nueva Guinea (Posposil, 1994; Meggitt, 1977; Roscoe, 1996) y el área yanomamo (Chagnon, 1968), la guerra entre linajes en los Balcanes (Boehm, 1984), las incursiones entre clanes de pastores en África Oriental (Fadiman, 1982) y venganzas entre grupos de aldeas liderados por jefes maoríes de Nueva Zelanda (Vayda, 1960). A veces se capturaban personas, especialmente mujeres y niños, pero, lo que es importante, no se intentaba absorber a familias y comunidades enteras. A veces las guerras eran conflictos territoriales por tierras en disputa y otras veces incursiones para apoderarse del ganado. Sin embargo, no siempre tuvieron causas materiales. En los casos más familiares para los etnógrafos, los grupos sociales estaban integrados en territorios de interacción más grandes, y la reputación de los grupos sociales (así como de los individuos masculinos) dependía de su capacidad para vengarse de asesinatos y otros delitos. De modo que una variedad de ofensas podría precipitar guerras.

La intensidad y brutalidad de estas guerras de exclusión estuvieron relacionadas con varios factores. Un factor muy importante fue la historia de interacción amistosa u hostil entre las partes, un concepto denominado “distancia social” por Julie Solometo (2006). En regiones de interacción frecuente y repetida entre pequeños grupos independientes de tamaño similar, los enemigos también podrían ser parientes políticos de parientes políticos, o futuros socios comerciales potenciales, aliados de aliados, etc., lo que significa que se podría restringir la violencia de modo que las relaciones pudieran reestablecerse en el futuro. La distancia social era baja. Por ejemplo, en las guerras entre clanes enga de Papúa Nueva Guinea no estaba permitido violar a mujeres enemigas o mutilar cadáveres enemigos, aunque tales reglas no se aplicaban

en guerras contra forasteros que no eran enga (Meggitt, 1977). Pero cuando los enemigos estaban socialmente distantes y no compartían una historia de interacción, las guerras de exclusión podían ser bastante brutales, incluida la matanza de no combatientes. No hace falta ir muy lejos para encontrar ejemplos. Entre muchos otros, están los graves conflictos entre grupos indígenas de América del Norte en el período de contacto temprano, especialmente a lo largo de fronteras étnicas, como en el oeste de Alaska (Burch, 2007; Funk, 2010) o en el Canadá subártico (Bishop y Lytwyn, 2007), o casos de conflictos particularmente duros documentados en el registro prehistórico (por ejemplo, Kuckelman et al., 2002; Potter y Chuipka, 2010; Bamforth, 1994). Los euroamericanos coloniales libraron guerras de desgaste y exterminio particularmente brutales contra los pueblos nativos. Un segundo factor importante fue el grado en que estaba en juego la supervivencia del grupo, y no sólo la reputación. Algunos de los ejemplos ofrecidos anteriormente fueron conflictos territoriales que implicaban la apropiación de tierras de los enemigos. Las guerras por la apropiación de tierras podían ser especialmente intensas y brutales en condiciones de escasez de recursos, cuando la guerra se convertía en una cuestión de supervivencia. Un importante conjunto de investigaciones muestra que, especialmente en las sociedades no estatales, la frecuencia de las guerras generalmente se correlaciona con la escasez o la imprevisibilidad de los recursos (Allen et al., 2016; Ember et al., 2013; McCool et al., 2022b). En condiciones de escasez, las sociedades no estatales también parecen haber tenido más probabilidades de matar a no combatientes (Ember et al., 2013).

En las guerras de exclusión, la pérdida del enemigo es la ganancia del grupo que desarrolló tal ofensiva. Las guerras excluyen a los enemigos de recursos y derechos. Demarcan grupos y los enfrentan entre sí. El destino de los individuos y las familias está estrechamente ligado a la suerte del grupo. Esto significa que la política interna del grupo está estrechamente ligada a *la solidaridad*, y los vínculos horizontales de cohesión son más importantes que las políticas verticales de distinción. Debido a esto, el simbolismo relacionado con la guerra puede ser relativamente menor, excepto en el caso de actos terroristas para intimidar al enemigo (mutilación, profanación).

Por el contrario, las guerras de incorporación tienen como objetivo conquistar nuevos súbditos o atraer nuevos seguidores lejos de los líderes rivales. Son esencialmente formas de competencia por el trabajo y la lealtad de las personas, incluidas familias, comunidades y otras élites, no sólo cautivos. Son proyectos de crecimiento que buscan ampliar el número de seguidores políticos y el apoyo de las facciones, así como aumentar la base de mano de obra productiva. En general, las guerras de incorporación fueron menos destructivas de vidas, aunque las élites enemigas podían ser blanco específico de actos especiales de violencia y destrucción. Estas guerras podrían lograr sus objetivos capturando o derrocando a líderes, atacando símbolos y utilizando estratégicamente el terror y el espectáculo violento para asombrar, influir y extorsionar. Eran muy políticos por naturaleza.

Las guerras de incorporación pueden dividirse útilmente en dos tipos. En primer lugar está lo que David Webster (1998) llamó “guerra de rivalidad por el estatus de

élite”. Este parece haber sido el tipo más común en el pasado, especialmente entre las jefaturas y los primeros estados. Las guerras de rivalidad por el estatus de las élites estaban estrechamente entrelazadas con los antagonismos faccionales de jefes, nobles o casas de alto rango. Webster utilizó el área maya y partes de la Polinesia como casos comparativos; también podríamos señalar la región del Misisipi en su apogeo, las islas del sudeste asiático y el África subsahariana (Beck, 2003; Golden y Scherer, 2013; Junker, 1999; Goody, 1971). Todos estos eran lugares con muchas élites en competencia, donde los seguidores, súbditos o élites de segundo rango (por ejemplo, guerreros especializados) podían moverse fácilmente entre los patrones de la élite. Es decir, la clave en juego eran las personas, sus habilidades y su trabajo, no la tierra. Para emplear la visión de Bledsoe (1980), eran contextos de “riqueza en personas”. Las élites en competencia libraron guerras para atraer directamente a los comuneros de sus rivales, hacerse cargo de los derechos de tributo y confirmar lealtades internas. La política vertical tenía más que ver con la atracción que con la coerción y, a menudo, incluía ceremonias importantes, festines y obsequios de bienes de prestigio. En este contexto, un objetivo clave de la guerra era demostrar la victoria y desacreditar a las otras élites competidoras. Por lo tanto, las guerras de rivalidad por el estatus de las élites tenían un fuerte elemento político y propagandístico, lo que las hace muy visibles para los arqueólogos a través de la iconografía y los espectáculos relacionados con la guerra. A través de sus hazañas y actuaciones militares, las élites también se distinguen fundamentalmente de los comuneros como un tipo de ser diferente y superior (Webster, 1998).

El otro tipo de guerra incorporativa, más familiar, es la conquista, es decir expansión colonial o imperial (Flannery, 1999; Spencer, 2010; Keeley, 1996). Los arqueólogos a veces usan “conquista” para referirse a cualquier expansión territorial, pero una definición más precisa es la anexión de tierras y los sujetos que viven en ellas. Los pueblos recién conquistados pagaban impuestos directa o indirectamente a través de sus líderes nativos. En las guerras de conquista, la política se basa más en la dominación coercitiva que en la atracción. Los nuevos súbditos son controlados y gravados mediante la fuerza y la amenaza de castigo. Las poblaciones existentes en tales territorios también están controladas, en gran parte, a través de la fuerza, lo que hace que la organización militar sea más estrechamente controlada y jerárquica. Los ejemplos más familiares de conquista en arqueología y etnohistoria se basaron en tributación a gran escala sobre la riqueza en recursos para abastecer y alimentar a grandes ejércitos en campañas militares prolongadas. Las exhibiciones y actuaciones relacionadas con la guerra podrían ser especialmente útiles para la intimidación estratégica, por ejemplo, ejecutando públicamente a líderes rebeldes o enemigos que se resistían.

En resumen, dos tipos principales de guerras surgen de la literatura arqueológica y etnográfica: guerras de exclusión, en las que la política a menudo tenía mucho que ver con la solidaridad grupal, y guerras de incorporación, en las que las élites luchaban para construir una base política en expansión. En la última categoría, las

guerras de rivalidad por el estatus de las élites tipificaron escenarios en los que la política vertical era altamente competitiva y dominada por la atracción, mientras que las guerras de conquista se basaban en un control más coercitivo y estable de las poblaciones por parte de los líderes. Por supuesto, estas diferencias están relacionadas hasta cierto punto con la complejidad sociopolítica, pero una forma más sencilla de pensarlo es a través del valor marginal del trabajo: cuánto más excedente (utilizable) podría producirse con una fuerza laboral más grande. Cuando el valor marginal del trabajo era alto, las guerras a menudo buscaban la incorporación y la expansión. Cuando el valor marginal del trabajo era bajo, la guerra no era expansionista sino proteccionista. Se trataba de entornos de imprevisibilidad de recursos, baja productividad excedente más allá de las necesidades de subsistencia, o situaciones en las que no había suficiente tierra para todos, lo que significaba que la tierra era la principal limitación a la producción, no la mano de obra. Finalmente, independientemente de la complejidad social o del valor del trabajo, las guerras de exclusión eran frecuentes en las fronteras étnicas con los "extranjeros". En otras palabras, las sociedades a veces estaban en guerra de diferentes maneras con diferentes grupos enemigos al mismo tiempo.

RECONSIDERANDO LAS GUERRAS ANDINAS DE INCORPORACIÓN O EXCLUSIÓN

Creo que las sociedades andinas, incluso aquellas que no eran muy grandes y complejas, a menudo libraban guerras que eran fundamentalmente guerras de incorporación. Su objetivo no era la destrucción *per se*, sino la expansión de seguidores y conexiones políticas. Y a menudo intentaron atraer y absorber gente, es decir, mano de obra, no tierra. Durante gran parte de la secuencia andina precolombina y en la mayor parte de los Andes, no hubo escasez real de tierra; fue el trabajo el que formó el motor del crecimiento y el que produjo los excedentes que permitieron las agendas de las élites. Con mano de obra, las tierras estériles podrían convertirse en tierras de cultivo mediante riego, terrazas, etc., ofreciendo nuevas posibilidades de expansión (Ramírez, 2005). Las relaciones políticas verticales, especialmente las que se encuentran al principio de la secuencia arqueológica, podían erigirse si las élites convencían y patrocinaban el desarrollo de tierras agrícolas (entre otros proyectos) y conseguían suficiente apoyo laboral para hacerlo funcionar. Estas relaciones políticas estaban dominadas por la atracción, y la guerra a veces constituía una de estas estrategias de atracción. En el arte, los conceptos y el espectáculo, la guerra y los temas bélicos estaban vinculados a poderes sobrenaturales y a un alto estatus. Esto no significa que las guerras fueran ritualizadas o incruentas. Significa que los líderes en competencia buscaban demostrar su superioridad y favor divino a través de victorias militares y espectáculos relacionados, y que estas manifestaciones fueron cruciales para que ellos mantuviesen el control sobre seguidores leales y el apoyo de otros líderes o élites.

El ejemplo más llamativo es el de los moche de la costa norte peruana. La mayoría de los mochicólogos ahora creen que hubo múltiples linajes Moche gobernantes

en huacas en diferentes valles (Castillo y Quilter, 2010; Quilter y Koons, 2012; Klaus et al., 2018). Investigaciones recientes muestran que con el tiempo existieron más linajes nobles moche en más centros/huacas (Koons y Alex, 2014), con diferentes estilos de arte corporativo que sugieren facciones más amplias (Benson, 2008). Por lo tanto, parece probable que la interacción y la competencia entre facciones aumentaran con el tiempo. Esto vino acompañado de un notorio énfasis en la guerra, al menos en términos de símbolo y espectáculo. La iconografía moche en cerámica, metal y arte mural presenta guerreros y armas como temas dominantes (Donnan, 2010). Los guerreros de élite, ricamente ataviados, luchan heroicamente en combates singulares (figura 4) (Quilter, 2008). En muchas escenas, los guerreros enemigos son capturados, exhibidos y, finalmente, asesinados y desmembrados. Las imágenes de guerreros sobrenaturales y decapitadores sugieren un vínculo entre la violencia humana y la potencia religiosa (Bourget, 2016). Estas imágenes han sido reflejadas en el conocido depósito de múltiples guerreros asesinados en la Huaca de la Luna en el valle de Moche (Bourget, 2016; Verano, 2014; Hamilton, 2016). Los nobles moche también fueron enterrados con armas o ataviados con insignias relacionadas con estos temas, subrayando el valor simbólico de los temas relacionados con la guerra. Por ejemplo, la mazas de guerra moche, el arma principal para el combate cuerpo a cuerpo, era un símbolo icónico, incluido en las tumbas reales, repetido obsesivamente en el arte mural y cerámico, y simbolizado como decoraciones en los techos de estructuras importantes (Benson, 2008; Quilter, 2008).

Sin embargo, las pruebas sobre la intensidad real de la guerra en la costa norte de Moche son contradictorias. Si bien la mayoría de los asentamientos moche no fueron particularmente defensivos, existen sitios fortificados moche y algunos asentamientos defensivos en los valles norteños de Jequetepeque y Zaña en fases tardías, lo que apunta a formas de conflicto que no fueron celebradas en el arte (Castillo Butters, 2014; Dillehay, 2001; Mullins, 2022). El trauma violento también está presente en las poblaciones moche que no pueden considerarse guerreros de élite



Figura 4. Guerreros moche luchan con mazas de guerra y capturan prisioneros. Dibujo de Donna McClelland del diseño de una vasija de cerámica en el Museo Larco, Lima. Archivo Moche, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

(Philips, 2009). No obstante, los niveles de traumatismo craneal en adultos fuera de los depósitos de sacrificio son moderados para la secuencia andina, según el conocimiento actual (tabla 2) (datos de Gagnon y Uceda, 2020; Phillips, 2009 y Verano, 1997). Entonces, si bien los moche probablemente realizaron guerras, es notable que el aspecto propagandístico o político de la guerra fuera especialmente dominante. Esto sugiere que aquellos eran tiempos y escenarios de políticas de élite altamente competitivas e inestables, en las que los señores moche competían entre sí por el dominio no sólo en la guerra sino también en los ámbitos de la ceremonia, la propaganda y el arte. Estas son las guerras que mejor se corresponden con la rivalidad por el estatus de las élites en el modelo anterior.

Tabla 2
*Cálculos totales de traumatismos craneales en adultos de contextos de entierro normales**

	Trauma craneal	Trauma craneal perimortem
Moche	16 % (23/146)	4,6 % (6/131)
Sierra en el Periodo Intermedio Tardío	30 % (622/2061)	5,9 % (92/1565)
Todos los Andes precolombinos	21 % (1702/7973)	4,4 % (263/6019)
* Se excluyen masacres y depósitos de sacrificios. Los cálculos se han realizado únicamente en cráneos observables según lo reportado en las investigaciones. Véase Arkush (2022a) para obtener datos y fuentes completas.		

El modelo para las guerras de rivalidad por el estatus de las élites deriva de lugares con poblaciones que pueden “votar con los pies” y, a primera vista, parece no encajar bien en la costa norte, cuyos valles fluviales formaron el caso clásico de la teoría de circunscripción de Carneiro (1970). Pero, de hecho, parece que los agricultores tenían opciones en la época Moche, y las personas, más que la tierra, fueron el objetivo principal en el conflicto moche. Las actividades políticas moche, por supuesto, estuvieron respaldadas por una agricultura intensiva de maíz altamente productiva. Del trabajo de arqueólogos como Billman (2010), Eling (1987) y Castillo Butters (2010), queda claro que los señores moche estaban coordinando y patrocinando la construcción de nuevos grandes sistemas de irrigación, especialmente cuando se fundó o se creó un nuevo centro de huacas, o se revitalizó alguno antiguo. Debido a esto, la tierra cultivable se amplió repetidamente a manera de saltos durante el período Moche, y se necesitaba que los agricultores se asentaran y trabajaran esa tierra. Esto generó un “círculo virtuoso”: los nobles con muchos seguidores podían construir y cultivar nuevos sistemas de riego, tenían huacas más grandes y también podían apoyar a los artesanos para que hicieran productos más sofisticados. Tenían más que ofrecer a sus seguidores de diversas maneras. Así, la guerra y los espectáculos relacionados con la guerra parecen haber sido parte de una política moche más amplia de atracción entre las élites moche y los comuneros. En un mundo competitivo de élites moche, los gobernantes victoriosos y magnificentes podían atraer de manera convincente a nuevas poblaciones, reunir mano de obra, dominar a los señores menores y fortalecer los vínculos de temor y fe que unían a sus súbditos.

Unos siglos más tarde, el imperio chimú estuvo participando en un tipo diferente de guerra: la conquista de nuevos súbditos, lograda por la fuerza militar. La evidencia incluye fortificaciones utilizadas por los enemigos de los chimú (Vogel, 2012; Brown Vega, 2009); el depósito de probables guerreros chimúes arrojados a una fosa en Pacatnamú (Verano, 1986); el evento de ejecución en Punta Lobos de casi 200 hombres y niños, quizás toda la población masculina de un grupo que se resistió (Verano y Toyne, 2011); la destrucción de centros políticos nativos para construir arquitectura chimú (Mackey, 2009); y la construcción de fuertes guarniciones chimú para controlar las áreas recién conquistadas (Tschauner, 2014). Este fue un verdadero imperio de conquista, en el sentido de que las poblaciones regionales sometidas fueron conquistadas mediante la fuerza militar, y sus comunidades y tierras se reorientaron hacia la producción a cambio de tributos (Cutright, 2015). Probablemente no sea una coincidencia que el imperio chimú se expandiera sobre las tierras y los pueblos que antes habían sido moche. Se trataba de enemigos socialmente cercanos con una historia cultural compartida, que eran deseables como nuevos sujetos, y cuyo trabajo podía incorporarse fácilmente a un sistema político existente. Por otro lado, aunque en el imperio chimú estaban presentes algunos simbolismos y espectáculos relacionados con la guerra, no se parecía en nada a lo observado en moche. El vínculo con los temas religiosos parece mucho más débil y ya no se enfatizaba a los guerreros heroicos individuales. El cambio de la guerra de rivalidad por el estatus de élite en Moche a la conquista en Chimú parece encajar en la distinción de Makowski (2023) de “guerra total”, en analogía al antiguo imperialismo en el Viejo Mundo.

En la época chimú, el paisaje humano de la costa norte había cambiado fundamentalmente. Las redes de riego en varios valles habían crecido hasta su máxima extensión: ya no se podía irrigar de manera confiable ninguna tierra agrícola adicional, en función del caudal del río (Billman, 1997, Clément, 2015; Mullins, 2022). Los funcionarios chimú gestionaron las redes de riego y la producción rural mucho más de cerca que los líderes moche. La población de la costa norte también estuvo en su punto más alto (Billman, 1997; Mullins, 2022). Especialmente en el valle de Moche y los valles del sur, existían muy pocas oportunidades de trasladarse y desarrollar nuevas tierras, ya sea para los agricultores en situaciones desfavorables o para los linajes menores de la aristocracia chimú. Estos hechos vincularon estrechamente a los agricultores con las tierras que trabajaban y fortalecieron una base de poder unitaria e inigualable. La dominación coercitiva estable era posible de una manera que no había ocurrido antes, y eso hizo que el antiguo tipo de ceremonialismo extraordinario fuera menos necesario (Vogel, 2018).

Al mismo tiempo, la sierra, a finales del Periodo Intermedio Tardío, cuenta una historia notablemente diferente. Aquí es donde los índices de traumatismo craneal son más altos en la secuencia andina; la diferencia con el promedio andino es altamente significativa desde el punto de vista estadístico, y el trauma perimortem (potencialmente letal) también es significativamente mayor (tabla 2). Los patrones de trauma en algunas muestras esqueléticas indican formas de conflicto especial-

mente brutales en las que el objetivo era el exterminio (McCool et al., 2021; Tung, 2008b; etc.). Por ejemplo, el estudio de Kurin (2016) de Andahuaylas muestra índices extremadamente altos de trauma, incluido trauma letal, en hombres, mujeres y niños. Las personas con modificación craneal estuvieron desproporcionadamente expuestas a la violencia, un patrón que Kurin interpreta como violencia genocida dirigida a un grupo étnico específico. Los patrones de asentamiento en la sierra son típicamente defensivos, especialmente (pero no exclusivamente) después del 1200 d.C. Sin embargo, también variaron de una región a otra, lo que indica diferencias en la intensidad del conflicto y en la escala de las comunidades defensivas. Por ejemplo, en el bien investigado valle alto del Mantaro, la gente se nucleó en ciudades excepcionalmente grandes y fortificadas en las cimas de colinas, rodeadas por un puñado de sitios satélite, un patrón de cooperación defensiva a gran escala que puede haber ayudado a proteger en parte a estas poblaciones extensas (Earle, 1997; Hastorf, 1993). En la región de Cuzco, muchos asentamientos no están ubicados de manera defendible y la amenaza de ataque parece menor, probablemente debido a la fusión del Estado Inca (Bauer, 2004). En la cuenca del Titicaca, la gente vivía tanto en grandes asentamientos fortificados en la cumbres de los cerros (figura 5) como en asentamientos no defensivos cercanos. Otros autores y yo hemos argumentado que probablemente hubo relaciones de alianza o quizás confederaciones más grandes en esta región, lo que puede haber moderado la violencia hasta cierto punto (Arkush, 2014). Por el contrario, en algunas regiones no existían asentamientos que no estuvieran fortificados (McCool et al., 2022a), lo que indica un entorno político



Figura 5. Pucarani, un gran asentamiento fortificado en la cumbre de cerro de finales del Periodo Intermedio Tardío, cuenca peruana del Titicaca. Fotografía: Elizabeth Arkush.

atomizado en el que los asentamientos autónomos dependían de su propia defensa. Esto podría conducir a guerras frecuentes y difíciles de resolver y a un alto riesgo de ataque para la población en general. En el árido altiplano sur, la guerra puede haber sido parte de un ritmo estacional de dispersión en la estación húmeda y nucleación defensiva en la estación seca (Nielsen 2018).

Aunque la guerra era claramente una preocupación importante en la mayor parte de la sierra, hay muy poca iconografía o espectáculo bélico en la mayoría de los lugares, excepto en la sierra del extremo sur de Argentina y Chile. En parte, esto se debe a que la mayor cantidad del arte no es figurativo, pero también encaja con la sensación de que en aquella época se desalentaba o restringía el engrandecimiento político [*political aggrandizing*]. Las sociedades de la sierra eran ciertamente “menos complejas” que las Moche, Tiwanaku y Wari: había menos arquitectura monumental, menos arte corporativo y menos bienes de prestigio, lo que implicaba una falta de énfasis general en las diferencias de estatus (Covey, 2008; Arkush, 2014; Hastorf, 1993; Owen, 1995). Sin embargo, la sierra también tenía sociedades bastante grandes. Algunos grandes centros nucleados tenían poblaciones de miles de personas, y, ciertamente, los llamaríamos “cacicazgos” si tuvieran un gran templo o palacio, pero no lo tienen (por ejemplo, en el valle alto del Mantaro) (Earle, 1997, Hastorf, 1993). Los investigadores de los Andes meridionales y centrales han llamado a estas sociedades “corporativas” (Nielsen, 2014), sugiriendo que se trataba de comunidades cuyas políticas estaban impregnadas de normas de solidaridad más que de distinción de estatus. Y esto parece estrechamente relacionado con la naturaleza de la guerra: vinculada al territorio local, la identidad del grupo local y la supervivencia del grupo. Las exigencias de cooperación defensiva en una época de amenazas reforzaron y reprodujeron un énfasis en la organización corporativa, la identificación de grupos y la disminución de la jerarquía.

En otras palabras, creo que las guerras en las tierras altas del Periodo Intermedio Tardío fueron casi en su totalidad “guerras de exclusión”. Probablemente hubo varias razones para esto. Es casi seguro que la escasez de recursos fue un factor importante, especialmente en regiones con tierras cultivables limitadas, ya que la aridez y la volatilidad climática están bien documentadas en la sierra central y meridional (Binford et al., 1997; Arnold et al., 2021; Bird et al., 2011; Thompson et al., 2013; Kennett y Marwan, 2015). Quizás las guerras se libraron por campos, fuentes de agua y pastos confiablemente productivos, o quizás fueron causadas indirectamente por déficits impredecibles. En los censos toledanos posteriores en la sierra de los Andes centrales, varios informantes señalaron que las guerras preinkas se libraban para arrebatar tierras a los enemigos, masacrarlos u obligarlos a huir. Sin embargo, también mencionan otros objetivos: saqueos de ganado, captura de mujeres y mantener una reputación de agresor (Julien, 2003). También hay pruebas sustanciales de migración diaspórica, que podría haber resultado en conflictos con “extranjeros” socialmente distantes. Un caso particularmente ilustrativo proviene del trabajo de Weston McCool en el drenaje superior de Nasca (McCool et al., 2021, 2022a), una zona árida y marginal donde los asentamientos fortificados de cumbres

de cerros defendían pequeñas zonas de tierra cultivable en terrazas. Aquí, la población aumentó a mediados del Periodo Intermedio Tardío, posiblemente debido a una afluencia de migrantes, a medida que mejoraron las condiciones climáticas locales. Este cambio se correspondió con una nutrición más deficiente y un aumento sustancial de los traumatismos óseos provocados por la violencia interpersonal, incluida una violencia más letal. Parece probable que algunos de los combates en el valle alto de Nasca intentaran exterminar o ahuyentar a los enemigos, que tal vez eran vistos como “extranjeros”, con el fin de apoderarse de sus tierras.

Una tendencia adicional relacionada ayuda a explicar estos patrones de conflicto. En ese momento, la mano de obra tenía un valor marginal relativamente menor en algunas áreas de la sierra, debido a un amplio cambio hacia estrategias más extensas que amortiguaban los riesgos, como el pastoreo y la construcción de terrazas para las lluvias (Covey, 2008). Estas técnicas requirieron menor inversión laboral y también menor coordinación laboral que las estrategias de producción intensiva de Wari, Tiwanaku, Inca y sociedades anteriores como Pukara. Ofrecieron menos oportunidades para el control de los derechos a la tierra por parte de las élites y, a menudo, ninguna economía de escala: mayor mano de obra no daría como resultado una gran ganancia en producción excedente. De modo que los líderes con ambiciones no compitieron para controlar el trabajo productivo de las personas. Por lo tanto, la mayor parte de la guerra en el Periodo Intermedio Tardío se basó en excluir, no absorber, a los enemigos de la riqueza de los sitios, de la tierra y los rebaños. Tenía que ver con el control de los recursos por parte de la comunidad, no con el control de las personas por parte de los líderes. Más a menudo era un juego de suma cero entre “nosotros” y “ellos”. Y eso ayuda a explicar la particular gravedad del conflicto que vemos en este momento.

Se trata de esquemas rápidos y obviamente simplificados de las culturas andinas, pero los contrastes entre ellos son bastante llamativos. La guerra fue de importancia crítica en todos estos casos, pero parece diferente porque estaba entrelazada a diferentes formas de política interna y diferentes relaciones externas con los enemigos. Los conjuntos cambiantes de tierra, trabajo y liderazgo andinos se manifestaron en formas muy diferentes de guerra y espectáculos violentos a lo largo del tiempo. Aunque tanto la guerra como los espectáculos relacionados con la guerra en los Andes eran “culturales” y se basaban en profundas tradiciones, también estaban estrechamente relacionados con las formas en que se constituían las relaciones políticas internas en las sociedades andinas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Allen, M., Bettinger, R., Codding, B., Jones, T. y Schwitalla, A. (2016). Resource scarcity drives lethal aggression among prehistoric hunter-gatherers in central California. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 113(43), 12120–25.

Allen, M. y Jones, T. (Eds.). (2014). *Violence and Warfare Among Hunter-Gatherers*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.

Arkush, E. (2008). War, chronology, and causality in the Titicaca Basin. *Latin American Antiquity*, 19(4), 339–73.

Arkush, E. (2014). “I against my brother”: Conflict and confederation in the south-central Andes in late prehistory. En A. Scherer y J. Verano (Eds.), *Embattled Bodies, Embattled Places: War in Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes* (pp. 199–226). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Arkush, E. y Stanish, C. (2005). Interpreting conflict in the ancient Andes: implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology*, 46(1), 3–28.

Arkush, E. y Tung, T. (2013). Patterns of war in the Andes from the Archaic to the Late Horizon: insights from settlement patterns and cranial trauma. *Journal of Archaeological Research*, 21(4), 307–69.

Arkush, E. (2022a). *Andean Cranial Trauma Dataset*. Comparative Archaeology Database. University of Pittsburgh. URL: <<http://www.cadb.pitt.edu>>.

Arkush, E. (2022b). *War, Spectacle, and Politics in the Ancient Andes*. Cambridge: Cambridge University Press.

Arnold, D. y Hastorf, C. (2008). *Heads of State: Icons, Power, and Politics in the Ancient and Modern Andes*. Walnut Creek: Left Coast Press.

Arnold, T., Hillman, A., Abbott, M., Werne, J., McGrath, S. y Arkush, E. (2021). Drought and the collapse of the Tiwanaku civilization: new evidence from Lake Orurillo, Peru. *Quaternary Science Reviews*, 251, 106693.

Bamforth, D. (1994). Indigenous people, indigenous violence: precontact warfare on the North American great plains. *Man*, 29, 95–115.

Bauer, B. (2004). *Ancient Cuzco*. Austin: University of Texas Press.

Beck, Jr., R. (2003). Consolidation and hierarchy: chiefdom variability in the Mississippian Southeast. *American Antiquity*, 68, 641–61.

Benson, E. (2008). Iconography meets archaeology. En S. Bourget y K. Jones (Eds.), *The Art and Archaeology of the Moche: An Ancient Andean Society of the Peruvian North Coast* (pp. 1–21). Austin: University of Texas Press.

Billman, B. (1997). Population Pressure and the Origins of Warfare in the Moche Valley, Peru. En R. Paine (Ed.), *Integrating Archaeological Demography: Multidisciplinary Approaches to Prehistoric Population* (pp. 285–310). Carbondale: Center for Archaeological Investigations.

Billman, B. (1999). Reconstructing prehistoric political economies and cycles of political power in the Moche valley, Peru. En B. Billman y G. Feinman (eds.), *Settlement Pattern Studies in the Americas: Fifty Years Since Virú* (pp.131–59). Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

Billman, B. (2010). How Moche Rulers Came to Power. En J. Quilter y L. J. Castillo (Eds.), *New Perspectives on Moche Political Organization* (pp. 181–200). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Binford, M., Kolata, A., Brenner, M., Janusek, J., Seddon, M., Abbott, M. y Curtis, J. (1997). Climate variation and the rise and fall of an Andean civilization. *Quaternary Research*, 47, 235–48.

Bird, B., Abbott, M., Vuille, M., Rodbell, D., Stansell, N. y Rosenmeier, M. (2011). A 2,300-year-long annually resolved record of the South American summer monsoon from the Peruvian Andes. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 108(21), 8583–88.

Bischof, H. (2005). Violencia y guerra en los Andes centrales a través de las fuentes arqueológicas. En P. Eeckhout y G. Le Fort (Eds.), *Wars and Conflicts in Prehispanic Mesoamerica and the Andes* (pp. 67–89). Oxford: BAR International Series 1385.

Bishop, C. y Lytwyn, V. (2007). 'Barbarism and ardour of war from the tenderest years': Cree-Inuit warfare in the Hudson Bay region. En R. Chacon y R. Mendoza (Eds.), *North American Indigenous Warfare and Ritual Violence* (pp. 30–57). Tucson: University of Arizona Press.

Bledsoe, C. (1980). *Women and Marriage in Kpelle Society*. Stanford: Stanford University Press.

Boehm, C. (1984). *Blood Revenge: The Enactment and Management of Conflict in Montenegro and Other Tribal Societies*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Bourget, S. (2016). *Sacrifice, Violence, and Ideology Among the Moche: The Rise of Social Complexity in Ancient Peru*. Austin: University of Texas Press.

Brown Vega, M. (2009). Prehispanic warfare during the Early Horizon and Late Intermediate Period in the Huaura valley, Peru. *Current Anthropology*, 50(2), 255–66.

Brown Vega, M., Craig, N., Culleton, B., Kennett, D. y Asencios, G. (2013). AMS radiocarbon dates from prehispanic fortifications in the Huaura Valley, central coast of Perú. *Radiocarbon*, 55(1).

Burch, E. (2007). Traditional native warfare in western Alaska. En R. Chacon y R. Mendoza (Eds.), *North American Indigenous Warfare and Ritual Violence* (pp. 11–29). Tucson: University of Arizona Press.

Carneiro, R. (1970). A theory of the origin of the state. *Science*, 169, 733–38.

Castillo, L. J. (2010). Moche Politics in the Jequetepeque Valley: A Case for Political Opportunism. En J. Quilter y L. J. Castillo (Eds.), *New Perspectives on Moche Political Organization* (pp. 83–109). Washington, D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Castillo, L. J. (2014). Taming the Moche. En A. Scherer y J. Verano (Eds.), *Embattled Bodies, Embattled Places: War in Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes* (pp. 257–82). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Castillo, L. J. y Quilter, J. (2010). Many Moche Models. En J. Quilter y L. J. Castillo (Eds.), *New Perspectives on Moche Political Organization* (pp. 1–16). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Chagnon, N. (1968). *Yanomamö: The Fierce People*. New York: Holt, Rinehart and Winston.

Chamussy, V. (2009). *Les Débuts de la Guerre Institutionalisée Dans l'Aire Andine Centrale: Vers la Formation de l'état, du Formatif a la Période Intermédiaire Ancienne*. Oxford: Archaeopress.

Chamussy, V., (2014). Estudio sobre armas de guerra y caza en el área centro-andina. descripción y uso de las armas de estocada y de tajo. *Arqueología y Sociedad*, 27, 297–338.

Chamussy, V. y Goepfert, N. (2019). From warless to warlike times in the Central Andes: the origins of institutional war between Moche and Casma Valleys, northern coast of Peru. *Americae: European Journal of Americanist Archaeology*, 4, 7–36.

Chapdelaine, C., Pimentel, V. y Gamboa, J. (2009). Gallinazo Cultural Identity in the Lower Santa Valley: Ceramics, Architecture, Burial Patterns, and Sociopolitical Organization. En J.-F. Millaire y M. Morlion (Eds.), *Gallinazo: An Early Cultural Tradition on the Peruvian North Coast* (pp. 181–206). Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology Press.

Clément, C. (2015). *Paysage Socio-Culturel et Architecture Dans la Culture Chimú: l'implantation Humaine à l'Intermédiaire Récent (1000-1470 Apr. J.-C.) Dans la Vallée de Chicama (Côte Nord Du Pérou)* [Tesis doctoral. Université Paris 1 Sorbonne].

Covey, A. (2008). Multiregional perspectives on the archaeology of the Andes during the Late Intermediate Period (c. AD 1000-1400). *Journal of Archaeological Research*, 16, 287–338.

Cutright, R. (2015). Eating empire in the Jequetepeque: a local view of Chimú expansion on the north coast of Peru. *Latin American Antiquity*, 26(01), 64–86.

Dillehay, T. (2001). Town and country in late Moche times: A view from two northern valleys. En J. Pillsbury (Ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru* (pp. 259–83). Washington, D.C.: National Gallery of Art.

Donnan, C. (2010). Moche state religion: A unifying force in Moche political organization. En J. Quilter y L. J. Castillo (Eds.), *New Perspectives on Moche Political Organization* (pp. 47–69). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Downey, J. (2016). *The Rise of Authority and the Decline of Warfare in the Virú Valley*. Ponencia presentada en la reunión anual de la SAA.

Earle, T. (1997). *How Chiefs Come to Power: The Political Economy in Prehistory*. Stanford: Stanford University Press.

Earle, T., (2021). *A Primer on Chiefs and Chiefdoms*. New York: Elliot Werner.

Eling, H. (1987). *The Role of Irrigation Networks in Emerging Complexity during Late Prehispanic Times: Jequetepeque Valley, North Coast, Peru* [Tesis doctoral, University of Texas].

Ember, C., Adem, T. y Skoggard, I. (2013). Risk, uncertainty, and violence in eastern Africa. *Human Nature*, 24(1), 33–58.

Fadiman, J. (1982). *An Oral History of Tribal Warfare: The Meru of Mt. Kenya*. Athens: Ohio University Press.

Ferguson, R. (1990). Explaining War. En J. Haas (Ed.), *The Anthropology of Warfare* (pp. 26–55). Cambridge: Cambridge University Press.

Flannery, K., (1999). Process and agency in early state formation. *Cambridge Archaeological Journal*, 9, 3–21.

Funk, C. (2010). The bow and Arrow war days on the Yukon-Kuskokwim delta of Alaska. *Ethnohistory*, 57(4), 523–69.

Gagnon, C. y Uceda, S. (2020). Nonsacrificial violence at the Huacas de Moche, north coastal Peru. *International Journal of Osteoarchaeology*, 30(5), 656–65.

Ghezzi, I. (2016). *Chankillo as a Fortification and Late Early Horizon (400-100 BC) Warfare in Casma, Peru* [Tesis doctoral, Yale University].

Giersz, M. y Przadka, P. (2009). Cronología cultural y patrones de asentamiento prehispánico en el valle del río Culebras, Costa Norcentral del Perú. *ARKEOS: Revista Electrónica de Arqueología PUCP*, 14(11).

Golden, C. y Scherer, A. (2013). Territory, trust, growth, and collapse in Classic Period Maya kingdoms. *Current Anthropology*, 54(4), 397–435.

Gómez Mejía, J. (2016). *Qualidade de vida e dinâmicas de conflito na população da península de Paracas, costa sul do Peru durante o final do Horizonte Temprano (400 a.C - 100 d.C)* [Tesis doctoral, Universidade de São Paulo].

Goody, J., (1971). *Technology, Tradition and the State in Africa*. Cambridge: Cambridge University Press.

Golitko, M. y Keeley, L. (2007). Beating ploughshares back into swords: warfare in the Linearbandkeramik. *Antiquity*, 81(312), 332–42.

Haas, R. y Llave, C. (2015). Hunter-gatherers on the eve of agriculture: investigations at Soro Mik'aya Patjxa, Lake Titicaca Basin, Peru, 8000–6700 BP. *Antiquity*, 89(348), 1297–1312.

Hamilton, L. (2016). Ritual killing, mutilation, and dismemberment at Huaca de la Luna: Sharp force trauma among Moche sacrifice victims in Plazas 3A and 3C. En H. Klaus y M. Toyne (Eds.), *Ritual Violence in the Ancient Andes: Reconstructing Sacrifice on the North Coast of Peru* (pp. 29–63). Austin: University of Texas Press.

Hastorf, C. (1993). *Agriculture and the Onset of Political Inequality Before the Inka*. Cambridge: Cambridge University Press.

Helbling, J. (2006). War and peace in societies without central power: Theories and perspectives. En T. Otto, H. Thrane y H. Vankilde (Eds.), *Warfare and Society: Archaeological and Social Anthropological Perspectives* (pp. 113–139). Aarhus: Aarhus University Press.

Herrera, A. (2003). Patrones de asentamiento y cambios en las estrategias de ocupación en la cuenca sur del río Yanamayo, Callejón de Conchucos. En B. Ibarra (Ed.), *Arqueología de la Sierra de Ancash: Propuestas y Perspectivas* (pp. 221–50). Lima: Instituto Cultural Runa.

Ibarra, B. (2003). Arqueología del Valle del Puchca: Economía, Cosmovisión y Secuencia Estilística. En B. Ibarra (Ed.), *Arqueología de la Sierra de Ancash: Propuestas y Perspectivas* (pp. 252–330). Lima: Instituto Cultural Runa.

Ikehara, H. (2016). The Final Formative period in the north coast of Peru: cooperation during violent times. *World Archaeology*, 48(1), 70–86.

Ikehara, H. (2022). Changing Threats: Early Fortifications and Regional Politics in Coastal Peru, 2500–1500 BP. En H. Ikehara y J. C. Vargas Ruiz (Eds.), *Global Perspectives on Landscapes of Warfare* (pp. 224–46). Louisville: University Press of Colorado.

Julien, C. (2003). War and a semblance of peace in the Inca heartland. *Antropología*, 99/100, 187–221.

Julien, D. (1988). *Ancient Cuismancu: Settlement and Cultural Dynamics in the Cajamarca Region of the North Highlands of Peru, 200 B.C. - A.D. 1532* [Tesis doctoral, University of Texas].

Junker, L. (1999). *Raiding, Trading, and Feasting: The Political Economy of Philippine Chiefdoms*. Honolulu: University of Hawaii Press.

Keeley, L. (1996). *War Before Civilization*. New York: Oxford University Press.

Kellner, C. (2002). *Coping with Environmental and Social Challenges in Prehistoric Peru: Bioarchaeological Analyses of Nasca Populations* [Tesis doctoral, University of California].

Kennett, D. y Marwan, N. (2015). Climatic volatility, agricultural uncertainty, and the formation, consolidation and breakdown of preindustrial agrarian states. *Philosophical Transactions of the Royal Society A: Mathematical, Physical and Engineering Sciences*, 373(2055), 20140458.

Kissel, M. y Kim, N. (2019). The emergence of human warfare: current perspectives. *American Journal of Physical Anthropology*, 168 Suppl 67, 141–63.

Klaus, H., Alva, W., Bourget, S. y Chero, L. 2018. Biological distance patterns among the northern Moche lords: dental phenotypes and political organization in ancient Peru. *Latin American Antiquity*, 29(4), 696–717.

Koons, M. y Alex, B. (2014). Revised Moche chronology based on bayesian models of reliable radiocarbon dates. *Radiocarbon*, 56(3), 1039–55.

Kuckelman, K., Lightfoot, R. y Martin, D. (2002). The bioarchaeology and taphonomy of violence at Castle Rock and Sand Canyon pueblos, southwestern Colorado. *American Antiquity*, 67(3), 486–513.

Kurin, D. (2016). *The Bioarchaeology of Societal Collapse and Regeneration in Ancient Peru*. Cham: Springer.

Lau, G. (2004). Object of contention: an examination of Recuay-Moche combat imagery. *Cambridge Archaeological Journal*, 14(02), 163–84.

Lau, G. (2010). Fortifications as warfare culture: the hilltop centre of Yayno (Ancash, Peru), AD 400–800. *Cambridge Archaeological Journal*, 20(03), 419–48.

Lau, G. (2012). Intercultural relations in northern Peru: the north central highlands during the Middle Horizon. *Boletín de Arqueología PUCP*, 16, 23–52.

Lozada, M. C. (2014). The Emergence of Bioarchaeology in Peru: Origins and Modern Approaches. En B. O'Donnabhain y M. C. Lozada (Eds.), *Archaeological Human Remains: Global Perspectives* (pp. 177–87). Cham: Springer International Publishing.

Mackey, C. (2009). Chimú statecraft in the provinces. En J. Marcus y P.R. Williams (Eds.), *Andean Civilization: A Tribute to Michael E. Moseley* (pp. 325–50). Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology Press.

Makowski, K. (2023). The formation of warrior cultures and the 'ritualized war' in the central Andes. En Y. Chacon y R. Chacon (Eds.), *Archaeological and Ethnographic Evidence of Domination in Indigenous Latin America* (pp. 41–74). Gainesville: University Press of Florida.

McCool, W., Tung, T., Coltrain, J., Obando, A. y Kennett, D. (2021). The character of conflict: a bioarchaeological study of violence in the Nasca highlands of Peru during the Late Intermediate Period (950–1450 C.E.). *American Journal of Physical Anthropology*, 174(4), 614–30.

McCool, W., Codding, B., Vernon, K., Wilson, K., Yaworsky, P., Marwan, N. y Kennett, D. (2022a). Climate change-induced population pressure drives high rates of lethal violence in the Prehispanic central Andes. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 119(17), e2117556119.

McCool, W., Vernon, K., Yaworsky, P. y Codding, B. (2022b). Subsistence strategy mediates ecological drivers of human violence. *PLOS ONE*, 17(5), e0268257.

Meggitt, M. (1977). *Blood is Their Argument*. Palo Alto: Mayfield.

Meyer, C., Kürbis, O., Dresely, V. y Alt, K. (2018). Patterns of Collective Violence in the Early Neolithic of Central Europe. En A. Dolfini, R. Crellin, C. Horn y M. Uckelmann (Eds.), *Prehistoric Warfare and Violence: Quantitative and Qualitative Approaches* (pp. 21–38). Cham: Springer.

Mullins, P. (2022). *Legacies in the Landscape: Borderland Processes in the Upper Moche Valley Chaupiyunga of Peru* [Tesis doctoral, University of Pittsburgh].

Murphy, M. y Juengst, S. (2020). Patterns of trauma across Andean South America: new discoveries and advances in interpretation. *International Journal of Paleopathology*, 29, 35–44.

Nielsen, A. (2007). Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 12(1), 9–41.

Nielsen, A. (2014). Poor Chiefs: Corporate Dimensions of Pre-Inca Society in the Southern Andes. En C. Gnecco y C. Langebaek (Eds.), *Against Typological Tyranny in Archaeology* (pp. 99–120). New York: Springer.

Nielsen, A. (2018). Agropastoral Taskscapes and Seasonal Warfare in the Southern Andes During the Regional Developments Period (Thirteenth–Fifteenth Centuries). En A. Álvarez Larrain y C. Greco (Eds.), *Political Landscapes of the Late Intermediate Period in the Southern Andes* (pp. 247–68). Cham: Springer.

Ochatoma, J. y Cabrera, M. (2001). Ideología religiosa y organización militar en la iconografía del área ceremonial de Conchopata. En L. Millones (Ed.), *Wari. Arte Precolombino Peruano*. Sevilla, Fundación El Monte.

Owen, B., (1995). *Warfare and engineering, ostentation and status in the Late Intermediate Period Osmore drainage*. Ponencia presentada a la 60ava reunión de la SAA, Minneapolis.

Parsons, J., Hastings, C. y Matos Mendieta, R. (2000). *Prehispanic Settlement Patterns in the Upper Mantaro and Tarma Drainages, Junín, Peru*. Ann Arbor: Museum of Anthropology, University of Michigan.

Perales Munguía, M. (2016). Settlement Patterns, Corrals, and Tombs: Exploring Sociopolitical Complexity among Late Prehispanic Agropastoralists of the Upper Rícrán, Peru. En J. Capriles y N. Tripcevich (Eds.), *The Archaeology of Andean Pastoralism* (pp. 159–81). Albuquerque: University of New Mexico Press.

Pérez Calderón, I. (1998). Sitios del periodo Formativo en Santiago de Chuco, Dpto. de la Libertad, sierra norte de los Andes Centrales. *Boletín de Arqueología PUCP*, 2, 127–45.

Phillips, S. (2009). *Warriors, Victims and the Merely Accident Prone: Fracture Patterns in Moche Skeletal Remains from Northern Coastal Peru* [Tesis doctoral, Tulane University].

Posposil, L. (1994). I am very sorry I cannot kill you anymore: War and peace among the Kapauku. En S. Reyna y R. Downs (Eds.), *Studying War: Anthropological Perspectives* (pp. 113–26). Langhorne: Gordon and Breach.

Potter, J. y Chuipka, J. (2010). Perimortem mutilation of human remains in an early village in the American Southwest: a case for ethnic violence. *Journal of Anthropological Archaeology*, 29(4), 507–23.

Proulx, D. (2001). Ritual uses of trophy heads in ancient Nasca society. En E. Benson y A. Cook (Eds.), *Ritual Sacrifice in Ancient Peru* (pp. 119–36). Austin: University of Texas Press.

Proulx, D. (2006). *A Sourcebook of Nasca Ceramic Iconography*. Iowa City: University of Iowa Press.

Quilter, J. (2008). Art and Moche Martial Arts. En S. Bourget y K. Jones (Eds.), *The Art and Archaeology of the Moche: An Ancient Andean Society of the Peruvian North Coast* (pp. 215–28). Austin: University of Texas Press.

Quilter, J. y Koons, M. (2012). The fall of the Moche: a critique of claims for South America's first state. *Latin American Antiquity*, 23(2), 127–43.

Ramirez, S. (2005). *To Feed and Be Fed: The Cosmological Bases of Authority and Identity in the Andes*. Stanford: Stanford University Press.

Redmond, E. (1994). *Tribal and Chiefly Warfare in South America*. Ann Arbor: Museum of Anthropology, University of Michigan.

Reindel, M. (2009). Life at the Edge of the Desert – Archaeological Reconstruction of the Settlement History in the Valleys of Palpa, Peru. En M. Reindel y G. Wagner (Eds.), *New Technologies for Archaeology* (pp. 439–61). Berlín y Heidelberg: Springer.

Reyna, S. (1994). A mode of domination approach to organized violence. En S. Reyna y R. Downs (Eds.), *Studying War: Anthropological Perspectives* (pp. 29–68). Lan-
ghorne: Gordon and Breach.

Roscoe, P. (1996). War and society in Sepik New Guinea. *Journal of the Royal Anthro-
pological Institute*, 2(4), 645–66.

Seki, Y. (1998). El periodo Formativo en el valle de Cajamarca. *Boletín de Arqueolo-
gía PUCP*, 2: 147–60.

Silva, J. (1996). *Prehistoric Settlement Patterns in the Chillón River Valley, Peru* [Tesis
doctoral, University of Michigan].

Solometo, J. (2006). The dimensions of war: Conflict and culture change in central
Arizona. En E. Arkush y M. Allen (Eds.), *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Rai-
ding and Conquest* (pp. 23–65). Gainesville: University Press of Florida.

Soßna, V. (2014). *Impacts of Climate Variability on Pre-Hispanic Settlement Behavior
in South Peru: The Northern Río Grande de Nasca Drainage between 1500 BCE and 1532 CE*
[Tesis doctoral, Christian-Albrechts Universität Kiel, CAU Kiel].

Spencer, C. (2010). Territorial expansion and primary state formation. *Proceedings
of the National Academy of Sciences*, 107(sch), 7119–26.

Standen, V., Arriaza, B., Santoro, C., Romero, A. y Rothhammer, F. (2010). Peri-
mortem trauma in the Atacama desert and social violence during the late Formative
period (2500-1700 years BP). *International Journal of Osteoarchaeology*, 20, 693–707.

Standen, V., Santoro, C., Arriaza, B., Coleman, D., Monsalve, S. y Marquet, P.
(2020). Violence in hunters, fishermen, and gatherers of the Chinchorro culture:
archaic societies of the Atacama desert (10,000–4,000 cal yr BP). *American Journal of
Physical Anthropology*, 172(2), 227–45.

Stanish, C. (1992). *Ancient Andean Political Economy*. Austin: University of Texas
Press.

Swenson, E. (2003). Cities of violence: sacrifice, power, and urbanization in the
Andes. *Journal of Social Archaeology*, 3(2), 256–296.

Tantaleán, H. y A. Gonzales Panta. (2014). La materia de la violencia: Apuntes para
la investigación arqueológica de la violencia. En J. López Mazz y M. Berón (Eds.),
Indicadores Arqueológicos de Violencia, Guerra y Conflicto en Sudamérica (pp. 177–201).
Montevideo: Ediciones Universitarias.

Thompson, L., Mosley-Thompson, E., Davis, M., Zagorodnov, V., Howat, I., Mikha-
lenko, V. y Lin, P.-N. (2013). Annually resolved ice core records of tropical climate
variability over the past ~1800 years. *Science*, 340(6135), 945–50.

Tomasto Cagigao, E. (2009). Talking bones: bioarchaeological analysis of indivi-
duals from Palpa. En M. Reindel y G. Wagner (Eds.), *New Technologies for Archaeology:
Multidisciplinary Investigations in Palpa and Nasca, Peru* (pp. 141–58). Berlín: Springer.

Topic, J. (2009). Settlement patterns in the Huamachuco area. En J. Marcus y P.
R. Williams (Eds.), *Andean Civilization: A Tribute to Michael E. Moseley* (pp. 211–39). Los
Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, University of California.

Topic, T. y Topic, J. (2009). Variation in the Practice of Prehispanic Warfare on the North Coast of Peru. En A. Nielsen y W. Walker (Eds.), *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency, and the Archaeology of Violence* (pp. 17–55). Tucson: University of Arizona Press.

Tschauner, H. (2014). Los Sicán bajo el dominio Chimú. En I. Shimada (Ed.), *Cultura Sicán: Esplendor Preincaico de la Costa Norte* (pp. 341–60). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Tung, T. (2007). From Corporeality to Sanctity: Transforming Bodies into Trophy Heads in the Pre-Hispanic Andes. En R. Chacon y D. Dye (Eds.), *The Taking and Displaying of Human Body Parts as Trophies by Amerindians* (pp. 481–504). New York: Springer.

Tung, T. (2008). Violence after imperial collapse: a study of cranial trauma among Late Intermediate Period burials from the former Huari capital, Ayacucho, Peru. *Ñawpa Pacha*, 29, 101–118.

Tung, T. (2012). *Violence, Ritual, and the Wari Empire: A Social Bioarchaeology of Imperialism in the Ancient Andes*. Gainesville: University Press of Florida.

Tung, T. (2014). Making Warriors, Making War: Violence and Militarism in the Wari Empire. En A. Scherer y J. Verano (Eds.), *Embattled Bodies, Embattled Places: War in Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes* (pp. 227–256). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Tung, T. (2021). Making and marking maleness and valorizing violence. *Current Anthropology*, 62, S125–144.

Tung, T. A. y Schreiber, K. (2010). *Morbidity patterns in ancient Nasca, Peru*. Ponencia presentada en la 75ava reunión anual de la Society for American Archaeology, St. Louis.

Tuni, C. y Tesar, L. (2011). The Pikillacta 2004 Eastern Gate offering pit. *Ñawpa Pacha*, 31(1), 1–44.

Valdez, L. (2009). Walled settlements, buffer zones, and human decapitation in the Acari valley, Peru. *Journal of Anthropological Research*, 65, 389–416.

Vayda, A. (1960). *Maori Warfare*. Wellington: A. H. & A. P. Reed.

Vega Dulanto, M. del C. (2016). *A History of Violence: 3000 Years of Interpersonal and Intergroup Conflicts from the Initial to the Early Colonial Periods in the Peruvian Central Coast. A Bioarchaeological Perspective* [Tesis doctoral, University of Western Ontario].

Verano, J. (1986). A Mass Burial of Mutilated Individuals at Pacatnamu. En C. Donnan y G. Cock (Eds.), *The Pacatnamu Papers* (pp. 117–38). Los Angeles: Fowler Museum of Cultural History.

Verano, J. (1997). Human skeletal remains from Tomb 1, Sipán (Lambayeque river valley, Peru); and their social implications. *Antiquity*, 71(273), 670–682.

Verano, J. (2014). Warfare and captive sacrifice in the Moche culture: the battle continues. En A. Scherer y J. Verano (Eds.), *Embattled Bodies, Embattled Places: War in*

Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes (pp. 283–309). Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Verano, J. y Toyne, M. (2011). Estudio bioantropológico de los restos humanos del Sector II, Punta Lobos, valle de Huarmey. En M. Giersz e I. Ghezzi (Eds.), *ANDES, 8: Arqueología de la Costa de Ancash* (pp. 449–474). Instituto Francés de Estudios Andinos y Centro de Estudios Precolombinos de la Universidad de Varsovia.

Vogel, M. (2012). *Frontier Life in Ancient Peru: The Archaeology of Cerro La Cruz*. Gainesville: University Press of Florida.

Vogel, M. (2018). New research on the late prehistoric coastal polities of northern Peru. *Journal of Archaeological Research*, 26, 165–95.

Webster, D. (1998). Warfare and Status Rivalry: Lowland Maya and Polynesian comparisons. En G. Feinman y J. Marcus (Eds.), *Archaic States* (pp. 311–51). Santa Fe: School of American Research Press.

Wilson, D. (1988). *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Peru: A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North Coast Society*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

Wilson, D. (1995). Prehispanic settlement patterns in the Casma valley, north coast of Peru: preliminary results to date. *Journal of the Steward Anthropological Society*, 23, 189–227.